Mensaje a la reunión de Hermanos Claretianos

Casa Fraterna Domus – Sacrofano, septiembre de 2025

Queridos hermanos

Con sincera alegría os saludo en esta importante reunión de Hermanos Claretianos. Quiero asegurarles mi cercanía, mi gratitud y mi profundo aprecio por su vocación. Ustedes son una parte vital del cuerpo misionero de nuestra Congregación, una memoria viva de la llamada del Evangelio: «Todos ustedes son hermanos» (Mt 23, 8).

Una palabra personal de agradecimiento

En mi propio camino misionero, me ha enriquecido profundamente vivir con hermanos en comunidad. He sido testigo de primera mano del don específico que aportáis: una presencia fraterna sencilla, humilde y profundamente humana. Nos recordáis, a veces sin palabras, que nuestra vocación no tiene que ver con el rango o la posición, sino con ser hermanos que caminan juntos en Cristo.

Incluso en el Gobierno General, donde ahora comparto la vida y la misión con un Hermano, experimento la riqueza de vuestra vocación. No es solo lo que hacéis, sino la forma en que lo hacéis, con dedicación, disponibilidad y un sentido de fraternidad que crea equilibrio y humanidad en nuestro servicio de liderazgo. Este es un don que no puede ser sustituido por ninguna estructura o función; es una gracia para toda nuestra Congregación.

Con este espíritu, deseo expresar mi gratitud a todos los Hermanos de la Congregación, tanto a los que ahora viven en la luz de Dios como a los que continúan su peregrinación en esta tierra. Gracias por vuestra vida entregada libremente, por vuestro fiel testimonio y por la forma única y preciosa en que encarnáis la vocación claretiana. Que vuestro ejemplo siga alimentando nuestra esperanza y abriendo caminos de fraternidad y misión para el futuro.

Recuerdo con especial afecto a los hermanos que ya han partido a la casa del Padre, especialmente a aquellos que, mientras vivían entre nosotros, irradiaban la fragancia de la santidad. Su recuerdo es hoy para nosotros fuente de inspiración y fortaleza, y nos anima a vivir nuestra vocación con la misma fidelidad, sencillez y alegría que caracterizaron su camino.

Arraigados en Cristo

Ya sea uno hermano, sacerdote o diácono, es nuestra intimidad con Cristo lo que da sentido y vitalidad a nuestra vocación. Alejada de la fuente, cualquier

vocación tiende a degenerar en rutina o en una vida autorreferencial. La vida del hermano es un recordatorio diario de esta verdad: la vocación no se define por el ministerio o la función, sino por estar arraigado en Cristo, ser pobre, casto y obediente, caminar en fraternidad y misión.

La profecía de la fraternidad

Vuestra vocación es un signo profético para la Iglesia de hoy. En un mundo que a menudo valora el poder, el estatus o la función, vosotros mostráis otro camino: el camino de la presencia humilde, el servicio fiel y la cercanía a las personas. Encarnáis la verdad de que la vida consagrada no se define por la ordenación, sino por el discipulado, por vivir el Evangelio de la fraternidad en la vida cotidiana.

Los testimonios de los Hermanos de todos los continentes lo confirman. Ya sea en escuelas, parroquias, casas de formación, residencias de ancianos o fronteras misioneras, nos recordáis que evangelizar no es solo predicar, sino también sanar, acompañar, acoger, escuchar y servir. Vuestro testimonio diario es en sí mismo una Buena Nueva.

Un tiempo de desafío

También debemos reconocer con realismo la situación en la que vivimos. En muchas partes del mundo, las vocaciones a la vida de Hermano están disminuyendo. En algunos contextos, la vida consagrada está pasando por una especie de eclipse. En otros, abundan las vocaciones sacerdotales, pero la vocación a la vida de Hermano lucha por ser comprendida o aceptada, a menudo debido a factores culturales o eclesiales. Este es un desafío que debemos afrontar con audacia. En lugar de resignarnos, estamos llamados a presentar esta vocación con convicción y alegría, mostrando a los jóvenes que es una forma plena, luminosa y profética de seguir a Cristo.

Una llamada a la fidelidad creativa

Nuestro fundador, San Antonio María Claret, vivió la misión con fidelidad creativa. Se adaptó a los nuevos contextos y encontró formas siempre nuevas de anunciar el Evangelio. Queridos hermanos, vosotros lleváis ese mismo fuego misionero en vuestra forma específica de vivir la consagración. Como escribió una vez el cardenal Aquilino Bocos: «Donde hay un Hermano, hay una presencia fraterna que acoge, acompaña y escucha. Una comunidad que pierde a sus Hermanos pierde algo esencial».

Nuestra Santísima Madre, que formó a Claret en la fragua de su Corazón para crecer en ternura, escucha y disponibilidad, también os acompaña. Ella nos enseña a vivir nuestra consagración con alegría, humildad y confianza.

Mirando hacia el futuro

Como Congregación, estamos llamados a valorar y promover la vocación del Hermano con renovada convicción. A veces esta vocación no se ha comprendido o presentado suficientemente, pero en el mundo actual los jóvenes anhelan la autenticidad, la sencillez y el servicio, cualidades que brillan con tanta claridad en vuestra forma de vida. La vocación del Hermano no es un camino secundario, sino un don profético para nuestro tiempo. Animo a todas las Provincias y Delegaciones a crear espacios e iniciativas concretas que hagan visible la belleza y la alegría de esta llamada, para que las nuevas generaciones se sientan inspiradas a seguirla.

Queridos hermanos, vuestra presencia es verdaderamente indispensable. Enriquecéis nuestras comunidades con vuestra cercanía, equilibrio y humanidad. Nos recordáis que la fraternidad es en sí misma el primer y más persuasivo testimonio del amor evangélico. La misión no se lleva a cabo solo a través de tres palabras o ministerios, sino sobre todo a través de la experiencia cotidiana de vivir como hermanos que se aman unos a otros. Vuestra vocación encarna esta verdad, mostrando que el Evangelio es creíble cuando se hace carne en la fraternidad, la sencillez y el servicio fiel.

Conclusión

Al reflexionar sobre la vocación de nuestros Hermanos, nuestra mirada se dirige naturalmente al Corazón de María, nuestra Madre y Formadora. De ella, cada claretiano —sacerdote, hermano o diácono— aprende a escuchar, a acoger la Palabra y a modelar su vida en torno a Cristo. Ella nos forma no solo en la oración y la ternura, sino también en el valor y la fidelidad, enseñándonos a permanecer al pie de la Cruz con amor y esperanza.

Al mismo tiempo, San José, patrón de los Hermanos y guardián silencioso de Jesús y María, sigue siendo un modelo luminoso para nuestros Hermanos. Su presencia oculta pero decisiva, su fidelidad al deber diario, su valentía creativa en tiempos de prueba y su fuerza tranquila en el servicio reflejan en gran medida la vocación de nuestros Hermanos, que encarnan el Evangelio con su sencillez, cercanía y dedicación.

No podemos olvidar que entre nuestros mártires claretianos también hubo Hermanos, hombres que dieron testimonio con sus propias vidas de la fidelidad radical a su vocación. Su sangre da testimonio de que la vocación del Hermano no es secundaria, sino un camino pleno y brillante de santidad y misión.

Encomendándoles a ustedes y el don de la vocación de los Hermanos en nuestra Congregación al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María, rezo para que ella continúe formándonos a todos a semejanza de su Hijo y nos conceda la alegría de servir con corazones íntegros.

P. Mathew Vattamattam, CMF

Superior General

6 de septiembre de 2025